

Arte vudú

El día de la comunión de Laurita no tendría que haber sido así. Después de haber hecho algunas fotos de la niña en casa, esta y sus padres se dirigieron a la iglesia. Laurita, entusiasta y alegre, no había recorrido ni cien metros cuando empezó a vocear que había pisado una caca. Bajo la mirada incrédula de sus padres, Laurita levantó la preciosa sandalia blanca que llevaba en el pie derecho, mostrando una crema oscura, blanda y asquerosa pegada a la suela y sobrepasándola, de forma que se colaba por las aberturas de la sandalia, alcanzando con toda su hediondez la suave piel del pie de la cría. Cuando la niña se giró sobre sí misma su madre, Lidia, constató que el bajo del vestido también tenía mierda incrustada. Tras un superficial lavado, Laurita tuvo que afrontar la ceremonia y la celebración con aquella sombra parduzca a la vista en el vestido y con otros zapatos, negros y vulgares, porque sus padres no habían conseguido extirpar todo el excremento adherido a las cintas de la sandalia. Un mal trago del que la niña se sobrepuso en una semana, pero que su madre no estaba dispuesta a olvidar.

Lidia sabía que las mierdas no eran una excepción en aquel preciso lugar. Muy a menudo, en esa esquina del parque debajo de su casa había heces de perro. Debían ser del mismo, uno grande a decir por el tamaño de las deposiciones. Si Lidia tenía dificultades para aceptar que su barrio estuviera sucio por el descuido de los propietarios de perros, que su Laurita no hubiera tenido la comunión que se merecía era algo que no podía digerir. Aquello no quedaría así. Comenzó a vigilar, después del trabajo, aquella esquina fatídica, observando ávidamente a los transeúntes que por allí pasaban con perros. No hizo falta esperar mucho, al cabo de dos días un mastín enorme hizo allí sus necesidades y su dueño pasó de largo. En diez días, Lidia presencié cinco veces la misma situación. Su marido trataba de hacerla entrar en razón, no debía obcecarse con el tema, el daño ya estaba hecho. Pero Lidia no era de la misma opinión.

En una semana tuvo listo el plan del secuestro. Una tarde, después de que el mastín se desahogara en la acera, y viendo que su dueño estaba cincuenta metros detrás absorto con el móvil, Lidia se acercó al perro y, agarrándolo del collar, tiró con suavidad de él y se lo llevó a casa. No hace falta referir la reacción de su marido; Laurita, sin embargo, se mostró muy afectiva con él. Al día siguiente ya había fotografías del perro, llamado Roger, por todo el parque denunciando su extravío. En uno de los papeles Lidia escribió que el animal estaba a buen recaudo y que sería devuelto a su dueño cuando este se comprometiera a respetar las reglas de vida en común del barrio, es decir, cuando se ocupara de recoger las deposiciones de su perro. Dos días tardó en llegar la contestación. Una frase debajo de la suya juraba que nunca volvería a dejar una mierda sin limpiar y rogaba que le devolvieran a Roger. Firmaba Juan. Al día siguiente Lidia salió de casa con el perro muy pronto, aún de noche para evitar ser descubierta, y lo ató a la farola de una calle paralela al parque, tras lo cual dejó de nuevo un mensaje para Juan indicándole dónde encontrar al mastín.

A partir de entonces las cacas brillaron por su ausencia. Lidia recuperó el sueño, su marido Pedro respiró aliviado tras la locura transitoria de su mujer y Laurita pronto olvidó a Roger. Pero el martes y trece siguiente la mierda volvió, tan puntual como la desgracia que se ve venir, y con ella Lidia volvió a perder su cordura. Pedro trataba de ser

indulgente, comprensivo, cariñoso, pero simplemente debía aceptar la evidencia de que su mujer tenía ahora unas nuevas prioridades que no eran ni su hija ni él. Más allá de acudir al trabajo, Lidia pasaba los días intentando comprender un patrón en el comportamiento de Juan que le diera pistas sobre cómo actuar. Resulta que su dedicación dio sus frutos: aquel hombre cuarentón era un vecino, vivía en el edificio de enfrente del parque. Lo había visto entrar y salir varias veces y a distintas horas del mismo portal. Un escrutinio más detenido le permitió descubrir que desde su salón podía ver dos ventanas del piso de Juan. Aunque la distancia que los separaba no permitía ver detalles del interior, Lidia creía que eran el salón y un despacho. Se había enterado de que teletrabajaba desde casa los lunes, martes y miércoles. Los jueves y viernes, cuando podía, lo seguía al trabajo. Con estos elementos a la vista, Lidia solo tenía que maquinarse la venganza perfecta. Lo que necesitaba era calma, espacio y tiempo para pensar.

Pedro no lo veía así. No hacía más que suplicarle que dejara aquel asunto, preocupado por una familia que se desmoronaba junto con la salud mental de su mujer. Sus discusiones eran sin fin y este perdía inexorablemente su paciencia. ¿Qué pretendía su esposa? La última novedad era que había fabricado un peluche con la apariencia de Roger, al que había pegado pelos del propio can, sabía dios de dónde los habría sacado. También había comprado un telescopio que había instalado delante de la ventana del salón, y con la excusa de estar enferma Lidia había estado faltando al trabajo sin razón. El colmo fue enterarse de que además había olvidado dos veces ir a recoger a Laurita a la academia de baile de la que salía a las nueve de la noche, cuando él no podía hacerse cargo por estar en la fábrica. Pedro le dio un ultimátum: Roger o su familia, y la decisión debía reflejarse en sus actos.

Fue el quince de octubre, cinco meses después de la primera comunión de Laurita, cuando finalmente su marido la dejó. También fue aquel día cuando Lidia pudo culminar su cometido. Se levantó temprano, tranquila y confiada. Hacía ya una semana que la habían echado del trabajo por absentismo, así que se tomó su tiempo mientras sorbía el café delante del telescopio, complacida al pensar en lo que estaba por venir. Después de llevar a Laurita al colegio, su marido anduvo ocupado por los dormitorios. Hacia las nueve y media de la mañana, Juan subió la persiana del despacho y se sentó delante del ordenador. Las siguientes horas fueron aburridas, había que aguardar. Cuando terminó su jornada laboral, Juan se tumbó en el sofá a leer, como cada tarde, con Roger a sus pies. Entonces Lidia, presa de una euforia desbordante, fue a buscar el muñeco del perro y tomando de nuevo asiento en su taburete hincó sus dedos pulgares en el vientre del peluche, retorciéndolo con fuerza. Mirando por el ocular del telescopio, Lidia vio cómo el mastín se ponía en pie, como afectado por algo. Oyó a su marido Pedro detrás, que debía haber vuelto del colegio con la pequeña sin que se percatara: “Nos instalamos en casa de mi madre. Nos llevamos lo esencial, pero volveré a por más cosas”. Lidia reparó en Laurita, agarrando con una mano a su padre y llevando en la otra a su chochona Rebeca. Pedro empujaba una gran maleta y una mochila le colgaba de los hombros. Haciendo caso omiso, Lidia les dio la espalda y volvió a hundir los dedos en el abdomen del muñeco vudú, con la expresión desfigurada y la baba resbalándole por los labios y el mentón. Sin apartar su fogosa mirada de la escena que ocurría en casa de su vecino, Lidia oyó marcharse a su familia. Era el momento álgido, Roger estaba visiblemente

intranquilo e indispuesto, y había incluso trepado al sofá acurrucándose encima de su amo como buscando su protección. Juan, espachurrado bajo el imponente animal, miraba impotente a su magnífico mastín, sin entender de dónde venía su sinvivir. Entonces Roger hizo lo que más necesitaba: descargó la mayor diarrea que nunca su dueño hubiera visto, allí mismo, sobre él, quedando acto seguido totalmente sano y repuesto. Tras ver cómo la deyección líquida chorreaba sobre el sofá y empapaba la ropa de Juan, que tenía la cara desencajada, Lidia se levantó del taburete y se dejó caer en el sillón, agotada, pensando: “Pedro y Laurita me lo agradecerán”.